

## María y la misión hoy

Tony Bellagamba

---

### Nueva época

En el pasado, las misiones en la Iglesia estuvieron marcadas por varios factores, entre los cuales tenía una especial relevancia el número y la cantidad. Cuanto mayor fuera el número de bautizados, tanto mayor era el gozo misionero.

Otro elemento era la beneficencia hacia los indigentes y los necesitados (dispensarios, hospitales, escuelas de las misiones, orfanatos, etc.). Alegría misionera que se transforma en éxtasis cuando la acción benéfica venía a ser cebo “para salvar almas”, porque éste era siempre el objetivo implícito.

Un tercer elemento era el ideal de que la misión fuera una réplica exacta de la Iglesia de la que procedían los misioneros (edificios, organización, Acción Católica, Reglas, hábito, costumbres; liturgia, sacramentos...). Todo tenía que ser idéntico a la casa madre de la Congregación. Esta semejanza era signo de fidelidad y fuente de gran consuelo.

El gozo del misionero alcanzaba su punto álgido cuando se conseguía poner freno al progreso de otras confesiones cristianas, o se les podía anticipar en establecerse en nuevas zonas, o bien se les criticaba por hechos vagos y sin ideas exactas sobre su credo, y hasta haciéndose correa de transmisión de rumores acerca de la honestidad y sinceridad de su trabajo. Todos los medios, lícitos o ilícitos, eran válidos para “proteger el rebaño”. Estas actitudes creaban una sumisión total de la misión hacia el misionero: de los “niños” hacia el “Padre”, del “rebaño” hacia el “pastor”, de la “comunidad” hacia el “fundador”. Las revistas misioneras de la época atestiguan, aunque sea entre líneas, esta mentalidad. El misionero que contempla la Iglesia construida por él, la escuela fundada por él, los campos preparados por él, la comunidad cristiana alimentada por él con la palabra y el sacramento, no podía menos de sentirse como una especie de salvador entre los salvados, de un pequeño rey en su reino.

Este modelo de misión que originan tales consuelos ya no es aceptable en nuestros días. La situación del mundo es completamente distinta. Un mundo que ha hecho posible los documentos del Vaticano II y los posteriores (*Evangelii Nuntiandi...*). Nuevas concepciones y nuevos modelos de misión han surgido con las nuevas situaciones socioculturales: misión como liberación de todo lo que se esclaviza (América latina), misión como diálogo y complementariedad con otras culturas y religiones (Asia), misión como participación con Iglesias hermanas y otras nacidas sobre el terreno (Africa), misión como Iglesia (en la descristianizada Europa), y misión como radical discipulado de Jesús (entre musulmanes y países comunistas).

El gozo del misionero hoy es de distinta naturaleza. El misionero se siente feliz viviendo con el pueblo, trabajando con él, haciendo camino con él, siendo parte de él. Los números son menos importantes que la calidad de vida. El deseo de inculturación sustituye al de imitación de un modelo misionero recibido. El desarrollo integral, sin excluir el socorro y la caridad, constituye una nueva forma de ayuda que da un sentido de dignidad al pueblo y de respeto-veneración al misionero.

Vivir y trabajar al filo de dos épocas no es tarea fácil. La necesidad de dejar una época y lanzarse a otra es un reto a la vez exigente y necesario. María puede guiarnos en ese intento. Ella también vivió dos épocas. Para ella y para su pueblo no fue fácil aceptar el cambio histórico: pasar de una situación, entendida por la mayoría de los judíos como exclusiva, a una que incluía a todos; de la comprensión nacionalista de la salvación a la salvación

universal; de un seguimiento jurídico de Yahvé al seguimiento basado en la libertad y la motivación individual; de un punto de vista legalístico en las relaciones y prácticas del pueblo de Yahvé a otro basado en el Espíritu y el amor, de un Yahvé tribal a un Dios universal; de una concepción del Mesías “de” y “para” los judíos a uno para todo el mundo; de un Mesías glorioso y triunfante sobre los enemigos políticos, al doliente, pobre y vencedor de todo mal. Sólo María, y unos pocos más, fueron capaces de hacer el cambio: pasar de un modelo de vida aceptado por la mayoría de sus contemporáneos a otro modelo completamente distinto. En esto consiste su salvación y su alegría (Lc 1,45-48). Algo parecido debería suceder también a todos los que están al servicio de la misión global de la Iglesia.

### **La situación histórica y sus soluciones**

La época no sólo significa el fin de una forma de evangelizar, sino también el fin de una época histórica. Acaba una época de nacionalismos político-económico-religiosos y amanece otra de universalismo, de justicia y respeto para toda persona, cultura y religión; lo cual no está exento de dificultades.

Se dice que tenemos un mundo en paz, que no hay una sola “guerra declarada”. Y, sin embargo, nunca antes había tantas guerras no declaradas (en América Latina, contra las dictaduras, la corrupción y la injusticia procedentes del Norte; en África, donde muchos países están siendo destruidos por las guerras civiles; en Oriente Medio, con sus guerras religiosas...) Entre los pobres del mundo se da un fermento de lucha contra la injusticia que se traduce en revueltas, protestas y revoluciones.

La filosofía y la praxis del capitalismo han dado lugar a una dependencia económico-política y han dividido el mundo entre pocos ricos y una gran mayoría de pobres. La filosofía y la práctica del comunismo, por su parte, han dado lugar a una dependencia político-económico y han dividido el mundo entre los que esperan una perfecta realización del reino aquí en la tierra, y los que ponen su esperanza primordialmente en la vida eterna.

En este clima de aparente paz externa, pero de real e interminable violencia, de desajustes socio-culturales-político-religiosos, el misionero ha de ejercer su tarea. La actividad misionera ha de enfocarse hacia estos problemas universales y cósmicos. El tiempo actual es complejo, como el de María. Y con profundas semejanzas.

La *Pax Romana* era una fachada que escondía insatisfacciones y deseos de libertad y de rebelión. La *Pax Romana* fue fruto de injusticias y de opresores despiadados que pretendían atraer a las masas con el espejismo de liberación para perpetuar su papel opresores mediante alianzas con los líderes locales, políticos y religiosos, a quienes ofrecían especialmente privilegios.

¿No sucede lo mismo en nuestro tiempo? ¿No es lo que las superpotencias o las multinacionales están haciendo en la actualidad? ¿No están adueñándose de pueblo y naciones? ¿No se mantienen con la connivencia de líderes locales que, en no pocos casos, se venden a sí mismos y venden la independencia de su patria?

Vivimos en un clima parecido al que María vivió. Y nuestra misión, como la de María, ha de ejercerse en esta dura realidad no en un mundo idealizado e inexistente.

En situaciones de injusticia y opresión, de cambios radicales y de creciente pobreza es fácil adoptar actitudes y soluciones radicales de oposición. Existe actualmente una fuerte tentación extremista que afecta hasta a los cristianos más comprometidos. Con dos soluciones contrapuestas: o revolución armada o aislacionismo total. Y entre las dos hay que situar el seguimiento radical de Jesús.

1. *La solución violenta* se da en los movimientos de liberación (América Latina, Sudáfrica, algunos países asiáticos). Muchos cristianos están convencidos de que es la única alternativa contra la injusticia y los gobiernos que la mantienen. Ni siquiera excluyen la violencia. Y, en consecuencia, nacen grupos revolucionarios y guerras contra la opresión.

Desgraciadamente la experiencia enseña que la violencia engendra más violencia, en un círculo infernal. Y esto a pesar de las buenas intenciones de dichos cristianos.

2. Otros adoptan una *actitud aislacionista* y se retraen completamente del mundo. No quieren contaminarse con la injusticia y la opresión. Con su aislamiento pretenden que el ejemplo de unos grupos influya sobre otros, de forma que el círculo de seguidores se agrande hasta abrazar el mundo entero. Hay cristianos que lo dejan todo y que huyen en busca de la soledad; otros optan por las experiencias de las religiones orientales, o, por las comunas del mundo industrializado opulento, que pretenden vivir sin tener en cuenta su entorno.

3. Existe una tercera solución, cada día con más simpatizantes. Radical, pero no extremista: es el verdadero discipulado de Jesús. Une el radicalismo evangélico comprometido con la actitud pacifista del héroe y del profeta en pro de un cambio radical. El Evangelio es su carta magna. Sus profundas exigencias están ligadas a una actitud no violenta (protestas, boicots, desobediencia civil, etc.). En nuestros días se dan no pocos ejemplos de esta forma de actuar: Helder Cámara, Taizé...

También en este aspecto el ejemplo de María puede iluminarnos y guiarnos. Su época era tan dramática como la nuestra. Existían también tres soluciones: revolución violenta (zelotas); aislamiento del mundo (esenos) y el degradante e inhumano compromiso con el poder seguido por la mayoría de judíos. Aunque Jesús vacilara por un tiempo entre las dos primeras actitudes, después de la crisis de Galilea escogió su propio camino fundado en la más profunda y pacífica reacción contra el *status quo*, y con la total dedicación a su pueblo. Pero sin violencia. Sólo con la razón, el testimonio y el apasionado, pero respetuoso diálogo, y, finalmente, con la muerte.

En María no encontramos ni siquiera esta vacilación entre los dos extremos. Por Simeón ella conoció su misión y la de su Hijo (Lc 2,34-35). Fue perseguida y exiliada (Mt 2,13-15), caminó junto a su hijo en la lucha por la justicia y el amor para acabar al pie de la Cruz (Jn 19,25): Ni revolución violenta ni aislamiento. María fue una co-luchadora por la paz. Mantuvo la esperanza en la victoria de Yahvé que arroja del trono a los poderosos (Lc 1,5-54). Y no aislada, sino en comunión con los pobres y marginados.

María es un gran ejemplo para los misioneros. Aunque algunos hayan vacilado entre los dos extremos -violencia, aislamiento- muy pocos han hecho suya, siquiera temporalmente, la revolución violenta. Y pocos se han aislado. Y menos todavía se han comprometidos con las fuerzas del dinero, de la opresión y del poder. Sin embargo, algunos parecen ser insensibles ante las exigencias de un discipulado radical, ante la dura y pacífica lucha contra el mal de nuestros días y para promover el bien querido por Cristo.

### **Las fuerzas de la Misión**

Para hacer frente a las difíciles circunstancias actuales tenemos que apoyarnos en fuerzas no ordinarias. Porque si rechazamos la violencia y tenemos experiencia de que las fuerzas ordinarias (sentido común, sabiduría

convencional, maniobras políticas, etc.) no han sido suficientes, hay que buscar otras que nos ayuden en la misión evangelizadora. Para encontrarlas será bueno reflexionar sobre la actitud de los cristianos comprometidos en esta tarea, que siguen el estilo y el espíritu de Cristo y de su madre.

1. El Espíritu Santo es la fuerza más significativa y más influyente en la misión como no podía ser de otra forma. La Escritura nos enseña que en los momentos cruciales, Dios ha asistido a los hombres con la presencia de su Espíritu. Toda la historia de la salvación -desde la creación a nuestros días- lo atestigua. Por tanto, este mismo fenómeno tiene que darse hoy, si realmente vivimos en una situación crítica. Y de hecho se da, de forma que algunos dicen que ésta es la época del Espíritu Santo.

2. Otra fuerza importante de la misión está en los signos de los tiempos de Dios, que las comunidades descubren a la luz de la Escritura y con la ayuda de otras ciencias. La voz no violenta, sino suave, del Espíritu se nos hace visible por medio del discernimiento comunitario, contando con la Biblia como guía. Con la ayuda de estas dos fuerzas, se puede experimentar qué significa ser conducidos por el Espíritu. Ejemplos de ello pueden ser las pequeñas comunidades de fe (en América Latina), para las que el Espíritu es la fuerza y los signos de los tiempos de Dios son los mojones que orientan nuestra acción hacia el Reino, analizados por el discernimiento comunitario.

3. Con la infusión del Espíritu, surge el compromiso de continuar la misión de Dios en el mundo, misión que no es una vocación que pueda aceptarse o no según el querer de cada uno, o según sirva los propios intereses. Porque la misión es la vida del cristiano, especialmente para el misionero. Vida que fluye del bautismo. El “¡Ay de mí si no evangelizara!” es hoy más urgente que nunca y ha de vivirse con total sacrificio y riesgo en nuestro mundo de hoy.

4. Iluminados por el Espíritu y siguiendo con firme voluntad los signos de los tiempos de Dios, podremos ser el centro de la misión “con nuestro propio ser y con nuestra presencia”.

“Estar” en la misión es tan importante como “actuar”. Y definitivamente más importante que “poseer”. La misión, y la marca de su autenticidad, es ser discípulos radicales de un maestro radical. Es ser pueblo del Evangelio. Es entregarse a los hermanos y hermanas en todas sus necesidades. No hay dualismo entre “primero ser santos, después misioneros” como si fueran dos momentos consecutivos o distintas etapas de nuestro ser. El acento ha de

ponerse en el “modelo de ser”, que en sí mismo parte de la misión y en el “modo de actuar” que concretiza la misión con el estilo propio del cristianismo. Los dos modos -ser santos discípulos de Cristo y ser misioneros comprometidos-, están perfectamente ensamblados. Sin embargo, en ciertos momentos de la historia, acentuar más el modo de “ser” puede ser exigencia de unas determinadas circunstancias, o bien la necesidad de nivelar el binomio ser-actuar. Y nuestro tiempo parece ser un momento histórico que exige la acentuación del “ser”. No para que se comprometan menos los que están en la misión, sino porque al “actuar” a menudo le falla la base y entonces carece de sustancia.

También en este aspecto María puede ser un ejemplo. Ella comenzó su misión siendo “llena de gracia” (Lc 1,28), fue consagrada en su misión por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35). Ella realizó su misión meditando en su corazón las palabras oídas y ponderado los acontecimientos que vivió (Lc 2,19), siguiendo los signos de los tiempos de Dios con firme voluntad, hasta el punto de ser mal interpretada por los demás y ser tratada con palabras ásperas -y hasta humillantes- por su propio Hijo (Mt 12,48-50; Lc 8, 19-21). Para asistir, por último, a su sacrificio con una participación moral semejante a sus sufrimientos físicos y a su muerte en la cruz (Jn 19, 25-27). Todo esto fue realizado sin dualismo entre el “ser” y el “actuar”. María nos enseña que las fuerzas de la misión son el Espíritu, los signos de los tiempos de Dios, un determinado querer y un estilo en el seguimiento de Cristo basado en “ser” como él y en el “actuar” como él. Existe en María un perfecto equilibrio entre “ser y actuar”, “contemplación y acción”, “Dios y humanidad”.

### **La misión y los pobres**

Entre todos los campos en que se ejerce la misión sobresale el de los pobres. En el estilo tradicional de la misión, los pobres eran objeto de la caridad y la compasión de los ricos. Luego, los pobres fueron objeto de un desarrollo planificado, financiado, controlado y, en cierta medida, realizado por los que no eran pobres. Más adelante, los pobres pasaron a ser agentes del desarrollo, pero agentes de segunda clase, actuando bajo el control de los ricos. Pero, de repente, la imagen de los pobres sufrió una transformación, su papel se vio alterado y la misión no pudo ser ya la misma. Los pobres emergieron como los poseedores de poca cosa, como los parias, sin voz, sin ningún poder en la sociedad, pero, a pesar de todo, luchando y con frecuencia actuando pacíficamente, empujados por su fe y su amor, a fin de cambiar la

situación del mundo, corregir las injusticias y crear un nuevo mundo y una Iglesia distinta.

Y los pobres entraron en nuestra historia. Historia que tomó nuevos rumbos: los pobres oyeron de nuevo el Evangelio tal como fue anunciado por Cristo, percibieron los valores del Evangelio tal como fueron vividos por Cristo y, consecuentemente, entraron en la vida de la Iglesia para iniciar una revolución global e integral. Claman justicia y no quieren ser considerados objeto de la compasión y la caridad. Y por encima de todo, se rebelan cuando se les trata como objeto de un desarrollo planificado por otros. Reclaman el derecho de ser sujetos de su propio desarrollo. Agradecen las ayudas que reciben en este proceso, pero no quieren ser espectadores de última fila. Ellos, los pobres, son los profetas del mundo contemporáneo.

Esta no es una idealización de los pobres como personas. De hecho, los pobres son humanos, tan frágiles y tan pecadores como los demás. Se trata aquí de poner de relieve sus ideales y su constancia en esta tarea.

Con este proceso, la misión de la Iglesia ha sufrido un desplazamiento, de Norte a Sur. Los misioneros ya no proceden de los países de la vieja cristiandad, sino, cada vez más, del tercer Mundo. La misma Misión es, cada día que pasa, la misión de los pobres con los pobres y para los pobres. Esta es una realidad difícilmente comprensible y aceptada por los misioneros del Norte.

De nuevo el ejemplo de María puede ayudarnos. Ya que la misión de María fue la de una persona pobre, perseguida. Procedía de Galilea, región pobre y aislada de los centros religiosos del poder judaico, hasta el punto de que los galileos no eran aceptados por los líderes religiosos y políticos judíos. Es una palabra: los galileos eran los parias de Palestina.

María también fue pobre como persona. No poseía mucho, como lo atestigua el Evangelio en Belén (Lc 2,7) y en la presentación de Jesús en el Templo (Lc 2,24). Y, más importante, María vivía, como otros judíos, bajo el yugo y la dominación extranjera, con todo lo que esto comporta de control, falta de dignidad y de libertad (Lc 2,1-5).

Fue en estas condiciones como María ejerció su misión como pobre, con los pobres y para los pobres. Con el estilo de los pobres y de los débiles de la Escritura que se entregaban completamente a Yahvé, el defensor de los pobres, oprimidos y marginados. Ejemplo difícil de comprender. Sólo haciéndonos pobres podemos conseguirlo. Posibilidad que hoy es real. De hecho,



en la misión actual, los extranjeros deberíamos tomar asiento en el último lugar para ser dirigidos por aquellos a los que un día llamamos a la Iglesia, dejando de lado toda la superioridad y autoritarismo. Hemos de contar más con nuestra fe y la Palabra que con el dinero. Vivimos en una situación de diáspora. Esta situación nos da la posibilidad de realizarnos y vivir como pobres. Y si lo intentamos, veremos que el mundo de los pobres se nos revela como un mundo nuevo. Su deseo y su manera de cambiar el mundo será nuestro deseo y redescubriremos el Evangelio y el dinamismo más profundo de la misión.

### **Dinamismo de la Misión**

Este dinamismo revolucionario se basa en el amor y está inspirado por el amor de Dios. Amor que es la única fuente de la actividad de Yahvé. Yahvé actúa por amor. Y por ninguna otra razón. Amor misericordioso que es un valladar contra el que se estrellan todos los esfuerzos de los opresores y los injustos. (Sal 71;77;78;101).

En el pasado reciente, los misioneros han tenido ocasión de ser testigos de este amor y de su dinamismo en el mundo. Todos los poderes colonizadores han caído pulverizados contra ese muro. Mientras los pobres y los oprimidos encontraban su libertad política, los poderosos y los opresores caían derrotados. Estas mismas fuerzas aún ejercen su influencia en los países descolonizados. De hecho, después de la liberación política, otros opresores internos lo han reemplazados con el fin de dominar al pueblo recién liberado de la opresión externa. Y estos también han sido derrotados por las mismas fuerzas.

Este proceso no sólo ha tenido lugar en el campo de la política, sino también en el religioso. Las estructuras eclesiales, que no dejan espacio para los derechos de los fieles y las aspiraciones religiosas autóctonas, han sido demolidas por el dinamismo de la misión de Dios en el mundo o serán derribadas en el futuro. Esta es una ley inexorable: el amor de Dios es misericordioso y tiene compasión de los oprimidos y perseguidos.

En este punto, los misioneros podrían preguntarse: ¿Por qué quienes nos entusiasmos con la independencia de la patria adoptiva encontramos tantas dificultades para aceptar que también han de ser desmanteladas las estructuras religiosas basadas en el autoritarismo, la superioridad, la riqueza o el poder humano?.

¿No fue esto advertido a María en el templo?: “Este niño va a ser causa en Israel de que muchos caigan y otros muchos que se levanten” (Lc 2,34). ¿No es esto lo que María comprendió meditando la historia de su pueblo? ¿No es éste el dinamismo que Lucas introduce en el *Magnificat*, síntesis de todo el proceso misionero de Yahvé en la historia de Israel, prototipo de toda la humanidad (cfr. Lc 1, 50-53)?

¿No son éstas las tres revoluciones que han cambiado al mundo y que están actuando? Revolución socio-cultural entre soberbios y humildes, revolución política entre poderosos y marginados y revolución económica entre ricos y pobres. María no silenció de qué lado estaba Yahvé, su hijo y ella misma. No son neutrales en estas tres revoluciones. Y nosotros, ¿de qué lado estamos? De hecho, aunque recitamos el *Magnificat*, nuestra praxis contradice el contenido del *Magnificat*. María nos está invitando a tomar partido en el dinamismo de la misión de Dios. Y ¿qué consecuencias podemos esperar sino las que le vinieron a ella?.

### **Retos de la Misión**

La misión nos interroga continuamente y nos plantea desafíos. Antiguamente, eran éstos principalmente de orden material (privaciones, salud, clima...): Hoy, aun sin excluir estas dificultades, los problemas son más de orden Psicológico (adaptación socio-política; distinto protagonismo del misionero; aceptación del misionero no por su raza, cultura... sino por su personalidad). Otra fuente de dificultades proviene de la convivencia con los miembros de la Iglesia (muy distintos en su nivel intelectual, pastoral, etc.), y del problema de la inculturación del mensaje evangélico, de la Iglesia y de todas sus estructuras y ministerios. El reto en el campo socio-político-económico sobrepasa todo lo imaginable. Los conflictos por la supremacía entre los diversos grupos/tribu que se reflejan en la vida de las comunidades cristianas: explotación económica de las multinacionales que trabajan, mano a mano, con agentes autóctonos sin escrúpulos que no buscan más que enriquecerse a costa de los trabajadores; y la miseria de la mayor parte del pueblo que debería llevarnos a posiciones audaces y hasta el martirio, sea “blanco” o “rojo”...

¿No estuvo María sujeta también a estas dificultades? ¿Cómo les hizo frente?.

1. Con una inconvencible fe en el Señor que le ayudaba a aceptar su dolorosa misión ("una espada traspasará tu corazón"), hasta el Calvario, culmen de una misión en su apariencia externa totalmente fracasada. Fe que había subrayado en el Magnificat (Lc 1,54-55) y que anticipó el primer milagro de Jesús, en Caná, a pesar de su actividad evasiva.

A los misioneros que trabajan en los suburbios y chabolas, donde el más pequeño cambio parece imposible y que, si alguna vez se da, pasa desapercibido; a los misioneros que luchan para cambiar profundamente la sociedad y la Iglesia, para quienes el continuo zigzag de la historia produce la sensación de que lo alcanzado ayer se desmantela poco después, o de que el péndulo de la historia retorna siempre inexorablemente a un punto que se creía superado definitivamente, esta fidelidad para con su Reino, su pueblo y el desarrollo humano-divino de la sociedad les ayudará a conservarse sanos en cuerpo y espíritu y a mantenerse firmes en la encrucijada mientras hayan fuerzas para luchar.

2. La fe de María no le impidió cuestionar los hechos a fin de comprenderlos y descubrir mejor el camino de Dios en el tiempo histórico de su vida. Ni siquiera se vio libre de serias dudas acerca de lo que acontecía en su entorno: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?" preguntó al ángel (Lc 1,34). Y a su Hijo: "¿Cómo has hecho esto con nosotros?" (Lc 2,48). La fe, que en su origen y en su naturaleza es un don de Dios, en su desarrollo psicológico es un proceso que ha de ser ayudado por el estudio y la reflexión, para personalizarse y transformarse en una fuerza inconvencible que posibilite superar las difíciles situaciones de la misión.

Fe y duda, claridad y oscuridad, certeza en las resoluciones adoptadas y angustias por sus posibles consecuencias, exigen del misionero un continuo proceso de discernimiento, una búsqueda del consejo de los más experimentados -sin temor a la pérdida de prestigio para buscar ayuda espiritual e intelectual-. En una palabra: es necesario que se tome en serio la formación permanente, puesto que la situación de la misión cambia rápidamente y fosilizarse en el pasado significa el fin de un trabajo y de una actividad misionera creativa, y perpetúa el statu quo. A pesar de ello, hay misioneros que se glorían de no leer y que excusan la asistencia a cursillos de formación. Aunque también es cierto que, a veces, los misioneros que desean continuar formándose encuentran dificultades por parte de compañeros expertos en el campo teológico y científico. No siempre es fácil contactar con ellos debido a su personalidad o deformación profesional, al orgullo de su saber - que les

lleva a rechazar a los que les necesitan- o bien porque les hacen partícipes de sus conocimientos de forma tan elevada que los desaniman en sus deseos de encontrar respuestas clarificadoras. La visita de María a su prima Isabel podría servirles de ejemplo, en su acogida a los misioneros de primera línea necesitados de ellos, y ellos les bendirán.

3. El reto de la misión, si se acepta en toda su complejidad, incluye la cruz. Cruz que puede significar abierta persecución, ostracismo físico o moral, expulsión del país adoptivo, tortura y aun martirio. Los nombres de muchos mártires están en la memoria de todos en nuestra reciente historia en todos los continentes. La cruz es la fiel compañera de la misión. Negarlo es rechazar la experiencia de Jesús, de María y de la Iglesia en 2000 años.

### Una Misión abierta a todos

Hasta hace pocos años la misión *ad extra* de la Iglesia estaba a cargo de los institutos misioneros bajo la jurisdicción de la Congregación de la Propagación de la Fe (hoy Congregación para la Evangelización de los Pueblos). El clero diocesano, y especialmente el laicado, estaban ausentes. Pero con la teología del Vaticano II la situación ha cambiado de forma significativa. Roma ya no es responsable de la misión *ad extra*. Los obispos han tomado una actitud nueva como copartícipes y corresponsables de la misión en forma directa. Ya no son los miembros de los institutos misioneros los únicos agentes de la misión. Hay sacerdotes diocesanos pertenecientes al “Fidei Donum” y los religiosos que se unen por un tiempo a otros misioneros, o que se han hecho eco del llamamiento del Vaticano II y, abiertos a la misión universal de la Iglesia, van a servir en las misiones fuera de su patria. Hay también laicos que, a través de las asociaciones misioneras o como cooperadores en los Institutos religiosos ya existentes, trabajan voluntariamente como cualificados profesionales *ad tempus* y aun *ad vitam*.

Con la aparición y la participación en el apostolado misionero de las Iglesias jóvenes se ha desarrollado un nuevo y más profundo cambio en la misión universal de la Iglesia. La fundación de varios Institutos misioneros creados por estas Iglesias pone de relieve esta presencia, así como su cooperación que se manifiesta en el elevado número de misioneros religiosos de las antiguas Iglesias.

De esta forma la Iglesia, misionera por naturaleza, se hace evangelizadora en el sentido real de la palabra. Y el laicado asume un lugar preeminente en

la misión, trabajando de forma directa junto a otros misioneros, o de forma indirecta con su presencia y su testimonio como miembros de las Iglesias locales del Tercer Mundo en el que viven por razones de trabajo o de profesión.

El ejemplo de María es un estímulo para esta Iglesia misionera. María fue una mujer y una mujer laica de su comunidad. Fue una discípula que en Nazaret vivió durante años con su Hijo. Sola o acompañada de otras mujeres, le siguió en su vida y en sus sufrimientos. Ella, con la incipiente comunidad de creyentes, recibió el Espíritu como signo del comienzo de la misión de la Iglesia. Ella, con su ejemplo como laica, atrajo a muchos al seguimiento de Jesús.

Esto es lo que actualmente sucede en África, donde el desarrollo y expansión de la Iglesia se ha de atribuir a los laicos y a los catequistas; en Corea, con fundadores y primeros rectores laicos; en Indonesia, algo parecido; en América Latina con sus comunidades de base, o en América septentrional con los grupos carismáticos laicos y otras experiencias (Cursillos, Encuentros Matrimoniales y otros movimientos dirigidos por laicos).

Hoy en día, el Espíritu llama a todos a la evangelización, pero particularmente a los laicos. ¿Cómo son aceptados éstos por los misioneros profesionales? ¿Cómo éstos cooperan con los laicos? Algunos misioneros se muestran entusiasmados por la incorporación de los laicos a la misión y ven en ello la gran esperanza del futuro. Otros, actúan como si la misión fuese primeramente tarea de sacerdotes y religiosos. La mayoría tiende a hacer de los laicos "pequeños sacerdotes" o "agentes" de la misión bajo el control de los clérigos. El clericalismo -reconocido por los obispos del Tercer Mundo como el principal obstáculo para la misión de los laicos-, está aún muy arraigado entre no pocos misioneros y pone en peligro la participación laical o la mata de raíz.

Entre los laicos, la mujer ocupa los puestos más bajos. En la misión y en la Iglesia está penalizada por partida doble: por ser laica y por ser mujer. De ahí su incapacidad para servir en el altar, para participar en los ministerios de la Iglesia, etc. Las mujeres continúan siendo los seres más marginados de todos los miembros de la Iglesia.

Tampoco María formó parte del clero, si es que existía en su tiempo. Se mantuvo en el estado laical y ejerció su misión -más importante que la de cualquier otro miembro de la Iglesia-, como mujer y como laica. Bien es cierto que tuvo que oír duras palabras de su Hijo, pero no como mujer y laica. Las

palabras de Marco -las más duras-, han de entenderse en su contexto: el evangelista quiere presentar a Jesús cumpliendo su misión solo, incomprendido por sus parientes y rechazado por su pueblo. Fuera de eso, María y las otras mujeres ocupan un lugar destacado en la vida y en la obra de Jesús y de la primitiva Iglesia.

A pesar de ello, la mujer aparece completamente marginada en la Iglesia hasta nuestros días. No pocas veces es rechazada por los sacerdotes. Gloria Steinen dijo en su conferencia durante el Sínodo de los Laicos: “Nosotros somos el grupo que no tienen nación. Necesitamos crearnos un país psicológico”.

Inspirándonos en María hay que modificar completamente la relación del misionero varón con los laicos en general y la mujer en particular, sea religiosa o laica; hay que cambiar el estilo de colaboración entre el clero y el laicado, abandonando todo espíritu de superioridad y arrogante clericalismo, acercándonos así a Jesús que “no vino a ser servido sino a servir”

## Contenidos de la Misión

Para terminar, se impone tratar brevemente sobre el modelo de misión y profundizar su contenido. De entrada hemos de plantearnos dos preguntas: ¿Cuál es el contenido de la misión, hoy y siempre, prescindiendo de que, en otros tiempos y por razones históricas, un determinado aspecto se sobrevalorada hasta el punto de imponerse sobre los demás? ¿De qué forma puede María guiarnos en esta reflexión?

Hemos mencionado antes diversos modelos de misión desarrollados por las iglesias locales: misión como liberación integral y salvación, como diálogo entre religiones y culturas, como comunión entre iglesias locales e iglesias inculturadas, como esencia de la misma Iglesia. Todos ellos han tenido su origen en respuestas concretas a situaciones históricas diferentes. ¿Es posible hallar un común denominador para el desarrollo misionero en toda época y lugar? Los resultados de los esfuerzos realizados en este sentido hasta ahora pueden resumirse así:

1. Algunos piensan que el REINO ha de ser el punto central de la misión. Construirlo en la tierra es continuar la misión de Yahvé y de Jesús, es hacer posible una vida en libertad y justicia, sin opresión, y con posibilidad de un desarrollo personal y social. La misión entendida así posibilitaría a los cristianos el cooperar con todos los grupos religiosos y con todos aquellos que

promueven el Reino en la economía, la política, la cultura y la religión, y brinda la posibilidad de influir en la tarea de edificar el Reino según los deseos de Dios y los ejemplos y enseñanzas de Jesús.

2. Otros prefieren hablar de DIOS como el contenido de la misión. El Verbo se hace hombre para completar la revelación de Dios a la humanidad, para reunir con El a todos los pueblos y naciones, sin destruir sus diferencias culturales y religiosas, antes, canalizándolas y cuestionándolas a la luz del Dios que es amor y justicia. De esta forma, cuantos creen en Dios pueden dialogar para enriquecerse unos a otros, para profundizar en su imperfecta noción de Dios, para trabajar unidos para que El sea en todos y, de esta forma, promover el Reino de Dios en la tierra. Esta noción podría plantear una dicotomía entre los creyentes y no creyentes, pero el Dios que une a los primeros es también la protección contra los últimos y todos aquellos que promueven la injusticia.

3. Para otros es la IGLESIA lo esencial de la misión. El Reino anunciado por Jesús y los medios instituidos por El para desarrollarlo se dan en el depósito teológico de la Iglesia. La autoridad de la Iglesia ofrece a sus seguidores la certeza de la fe, la seguridad del camino a seguir y los medios adecuados. La Iglesia es el comienzo del Reino, su sacramento, el instrumento para su realización. Por eso, extender la Iglesia equivale a extender el Reino.

4. Finalmente, otros prefieren hablar de la VIDA como la esencia de la misión. Dios, que es Vida, ha decidido compartirla con el universo y, en su sentido más profundo, con los seres inteligentes. Jesús es Vida y ha venido a traer la vida plena a este mundo, redimiéndola y renovándola para todos, mediante su muerte y resurrección. El Reino de Jesús consiste en la vida en todas sus manifestaciones y en la destrucción de todo lo que la obstaculiza. Quienes no gozan de la plenitud de la vida o se ven imposibilitados de realizarse por factores internos o externos, gozan de una especial consideración del amor de Dios y de Jesús. Dios es su más firme ayuda contra sus opresores.

Es claro que todos los modelos contienen ideas elevadas y ofrecen matices conceptuales singulares y preciosos. Pero comparándolos con lo esencial en la misión de María, aparecen faltos del elemento que creo más relevante y, probablemente, único de su misión. Esta consistió en hacer visible y palpable todo lo que Dios es, y todo lo que Dios quiere para la humanidad. El Angel formula lo que será la misión de María así: "...concebirás y darás a la luz un

Hijo... El será grande, Hijo del Altísimo Dios, el Señor, le entregará el trono de su antepasado David y reinará eternamente en la casa de Jacob” (Lc 1,31-33). Y en Belén, se añade: ...“Vengo a traerles una alegría para todos. En la ciudad de David les ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, el Señor” (Lc 2,10-11). Y Simeón completa la descripción: “Con mis propios ojos he visto al Salvador... El es la luz que se manifiesta a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”. Y añade: “...este niño va a ser causa en Israel de que muchos caigan y muchos de levanten. Es un signo de contradicción” (Lc 2,30-32/34).

Entiendo que la misión de María está contenida en los textos: María aceptó concebir y acompañar hasta el Calvario al Hijo que era el sacramento de Dios en la tierra, que había de dar cumplimiento a las promesas hechas a Israel, como prototipo de toda la humanidad, es decir, de todas las naciones y de toda la creación. Analizados estos textos a la luz de los designios manifestados en el A.T., podemos darnos cuenta de la especificidad y la complejidad de la misión de María. Aplicándolo a nuestro tiempo, podremos descubrir lo esencial de la misión:

a) El hijo que María aceptó dar a luz es la palabra de Dios (Jn 1, 1.3.14). Palabra que afecta a todo ser, influye en todo lo existente y deja huella de su “ser” en cada criatura. La Palabra pertenece a Dios y al mundo; es patrimonio del mundo entero. Todo, obra directa o indirecta de Dios, lleva marcada la huella indeleble de la Palabra. Para el misionero, ésta es su alegría: La Palabra está aguardándole donde quiera que vaya. Esta le ha precedido millones de años en cualquier lugar al que se dirija. Todo es sagrado: historia, cultura, religión, progreso. El misionero ha de admirar la Palabra presente y operativa en todo, ha de respetar todo lo hecho en la cultura, religión y sociedad a la que es enviado, que ha de ser punto de partida para un ulterior desarrollo bajo la explícita acción de Dios.

b) La palabra, en María recibió un nuevo modo de existencia: se hizo semejante a nosotros, criaturas. Su existencia, sus acciones humanas, el misterio de su vida, muerte y resurrección son patrimonio de María y de los llamados por el Espíritu a reconocer la Palabra en Jesús. La acción salvífica de Jesús redime todas las criaturas y la creación, pero el conocimiento de este misterio y la aceptación de este hecho están reservado a los cristianos. Ello implica:



1) En la misión, sólo anunciamos la “buena nueva”. únicamente el Espíritu se reserva el derecho absoluto de revelar este “gran gozo” a quien quiere. El misionero ha de anunciar esta “buena nueva” a cuantos más, mejor.

2) Conocer lo que Dios ha hecho por toda la humanidad en Jesús y por Jesús, es fuente de gozo para quienes tienen tal conocimiento y supone un gran estímulo para el desarrollo de su relación con Dios y con la Palabra hecha carne, así como en su misión. De hecho, los seres inteligentes actúan bajo la luz del conocimiento y en proporción directa al grado de conocimiento. Los cristianos tenemos la gracia de conocer el plan de Dios en el Verbo hecho carne. La misión está en condiciones de ofrecer a todos este conocimiento, aunque sólo el Espíritu puede abrir la inteligencia y la voluntad para “conocer” y “aceptar” el misterio que se anuncia.

3) El Jesús histórico, que conocemos y aceptamos como Palabra, no es totalmente nuestro ni sólo nuestro. Pertenece también a los que lo aceptan inequívocamente por la fuerza del Espíritu. María comprendió esto cuando Jesús le preguntó: “¿Por qué me andaban buscando? ¿No saben que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). María da a la luz un ser que existe antes que ella. Alimenta a un niño que no le pertenece enteramente, ama al fruto de su vientre que es un misterio para ella. Jesús es suyo, pero no del todo. María lo ve, pero no lo comprende en su totalidad. Los misioneros se encuentran en la misma situación. Si no están dispuestos a seguir a María en su relación con Jesús, en su trabajo por El, si no están abiertos a las sorpresas que este misterio les reserva, se sentirán frustrados, a veces amargados, o hasta confusos al reconocer su presencia donde no se esperaba, la influencia en la gente por encima y más allá de nuestro cánones jurídicos, teológicos o eclesiales.

c) El Jesús histórico, bajo la influencia del Espíritu, fue crucificado y resucitó, siendo proclamado Señor de la Creación y de la Historia (Flp 2,6-11). En El, se renueva la Antigua Alianza, nace y se completa esencialmente la Nueva Alianza; en El, como persona humana y Palabra Divina, se recapitula toda la creación (Ef 1,23). Es el centro del universo, Señor, Salvador y Redentor de todo (Ef 2,11-22). Anunciando a este Jesús, Cristo, se predica el Reino y se promueven sus características tanto humanas como divinas (Ef 1,3-14).

Cristo es también cabeza de la Iglesia (Ef 1,23), comunidad de seguidores que, reunido por el poder del Espíritu y en el memorial de su misterio pascual,

avanzan anunciando a Cristo con su testimonio, palabras y obras a aquéllos que lo quieren escuchar. En Cristo, por tanto, todos los aspectos considerados muy importantes en los otros modelos se encuentran y alcanzan su plenitud.

d) Esta breve exposición de Jesucristo como esencia de la misión no quedaría completa, si no se mencionara el hecho de que Jesús vive con los pobres de forma peculiar (Mt 25,13-40). Ello hace de los pobres el sacramento más real y concreto de su presencia en el mundo. Los pobres son, para los demás, un llamamiento a la justicia, a esforzarse por edificar el Reino, a conseguir alcanzar una vida plena y en paz para todos. Los pobres son la voz que invita a corregir lo malo, completar lo imperfecto, sanar lo enfermo... Los pobres son la conciencia de Dios para todos, la justicia de Dios para los oprimidos, el juicio de Dios para los opresores, la esperanza de Dios para los marginados...

Llegados a este punto, hay que ponderar, aunque sea brevemente, la objeción de quienes promueven otras concepciones de la misión. Centrar la misión, dicen, en la persona de Cristo en un mundo dividido por diversos grupos religiosos puede ser causa de más profundas divisiones, en lugar de favorecer el diálogo interreligioso en bien de la humanidad y de la edificación del Reino. Si el centro de la misión fuera Dios, el Reino o la vida, los objetivos y los puntos de vista serían los mismos para todos, dialogar sería más sencillo y trabajar juntos, más fácil. Desde un punto de vista histórico esta dificultad es de suma importancia. En el pasado, cuando cada religión presentaba a su fundador como el centro de la misión, el diálogo se hacía imposible y la acción conjunta, impensable.

Creo que si los cristianos anunciaran a Jesús como acaba de describirse, su misión sería fuente de diálogo y acción conjunta con otras religiones y con los movimientos humanísticos de nuestra sociedad. Presentar a Jesús como Palabra presente y operativa en cada pueblo, que alienta el progreso, cuyas huellas son indelebles en la cultura y religiones de cada pueblo y que aparece escrita en los respectivos libros religiosos, sería un puente no un abismo entre las religiones y los movimientos humanísticos. Presentar a Cristo como el Cristo Cósmico de que habla Pablo, cuya acción redentora y cuya influencia lo abarca todo, que conduce todo hacia el Dios del amor y de la vida, que consagra en sí mismo todo lo que existe, que hace avanzar la creación hacia el Reino y la humanidad hacia la familia de Dios en la tierra, es unir a todos los que ponen a Dios en el centro de la vida y de la historia, es ensalzar el

progreso y la plenitud de vida, la unidad de todos en la diversidad de las expresiones culturales y religiosas.

Anunciar la Palabra hecha carne es un enriquecimiento para toda la familia humana, un ejemplo a imitar para todos, la más grande esperanza para los pobres y oprimidos, y una fuente de alegría para toda la humanidad. El hijo de María, aun entendido sólo como ser humano o como líder religioso (como Ghandi y otros), es don que inspira los más profundos sentimientos religiosos, las acciones más constructivas y los cambios socio-culturales más radicales. El Hijo de María, como Palabra de Dios, tiene resonancia en toda religión y cultura, en cuanto que éstas son expresiones de su presencia e influencia en todos los pueblos, que no se condenan sino que forman parte del patrimonio de la Palabra y que, por tanto, son esencialmente buenas, aunque no hayan alcanzado su plenitud. Cristo resucitado, Señor de la Creación, no sólo no rechaza nada de la vida presente y del proceso, sino que da la fuerza interior que los anima y es la garantía de la victoria sobre el mal y todas sus manifestaciones.

Nuestra misión en el pasado ofrecía a Jesús en el contexto occidental que excluía a los demás y con un enfoque teológico tan estrecho que hacía de El más causa de separación que de unidad. Muchos, por eso, veían en El la persona que condenaba su pasado, que no aceptaba sus manifestaciones religiosas y que miraba más a otra vida que a la presente.

La presentación aquí esbozada elimina todo este negativismo. En mis múltiples encuentros interreligiosos y humanísticos, nunca he encontrado resistencia a dicha presentación; más bien, al contrario, nos pedían que les abriéramos las profundidades de nuestra fe.

## Conclusión

La misión de la Iglesia es perenne en sustancia, pero cambiante en su formulación y manifestación externas, según los diversos momentos históricos y las circunstancias del hombre.

La multiplicidad de las formulaciones no debería eliminar la verdadera esencia de la misión, que en ciertas épocas se ha ofuscado. Reflexionando sobre la misión de María, tal vez podamos reorientar mejor lo esencial de nuestra misión, sin dañar o destruir sus formulaciones históricas. Lo esencial de la misión, como en María, es anunciar y ofrecer Jesús, el Cristo, en toda su plenitud y riqueza. En El, como Palabra de Dios, se dan los rasgos más

importantes de la misión según las concepciones de otros (vida, Reino, Dios, liberación, diálogo, Iglesia...), y aparecen como fácilmente desarrollables.

(De la revista SELECCIONES DE TEOLOGIA, -Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona, España- Vol.30, Nº 120, Octubre-Diciembre 1991 pp. 333-348).

---

*"Una vez más queda superada la vieja disyuntiva: o comprender el mundo o transformarlo. La verdad es que nadie puede sentirse tan urgido a transformarlo o mejorarlo como aquellos que hayan comprendido debidamente que su tarea consiste en prolongar la obra creadora de Dios hasta su feliz consumación, hasta alcanzar una 'tierra nueva' apta para ser desposada por un 'cielo nuevo'.*

*La actitud cristiana hacia este mundo es trabajar en él con pasión y a la vez con desapego, con esperanza y sin ilusiones, sin tregua pero sin impaciencia. En términos maximalistas... el ideal sería aplicarse a perfeccionar este mundo como si siempre hubiéramos de permanecer en él y, a la vez, prepararse para el cielo como si fuésemos a morir esta misma noche. Dejémoslo en una proposición más modesta, más tranquila y más asequible: se trata de dedicarse a la tierra con tanto entusiasmo como desprendimiento. Ni este desprendimiento significa menosprecio de la tierra ni ese entusiasmo supone olvido del cielo. Si algo tiene que distinguir a los cristianos, no es precisamente un menor entusiasmo, sino una mayor lucidez"*

JOSÉ MA. CABODEVILLA "El cielo en palabras terrenas" Ed. Paulinas,  
Madrid, 1990, p. 259